

Sombras inquietantes

Agota Kristof comprime la angustia en “Ayer”, otra de sus breves e inquietantes novelas, una obra sobre el dolor, el exilio, la soledad y el olvido

LUIS M. ALONSO

Agota Kristof (Csikvánd, Hungría, 1935-Neuchâtel, Suiza, 2011) escribió dibujando con no demasiados trazos. La concisión de su escritura, la economía de las palabras, la han convertido en una autora virtuosa como demuestra en su gran trilogía agrupada en un solo tomo por Libros del Asteroide en 2019 bajo el título “Claus y Lucas”. “Ayer”, al igual que las otras novelas, es también breve. A veces solo muestra el hueso desnudo de la materia, sin grasa ni nada que le sobre, únicamente laconismo y sequedad para resumir un protagonista, emigrante nostálgico de un lugar perdido e irrecuperable, que surge como un individuo extraño, en ocasiones desolador. O lo que es igual la angustia expresada en un tono aburrido y en una sucesión de frases que aportan a la historia el ritmo entrecortado deseable, y proporcionan a los hechos que se describen una dimensión irremediable.

Marcada por el exilio, Agota Kristof construyó su obra en torno al enraizamiento y una visión nihilista de la vida. Dejó su país de origen, la amada Hungría, en 1956, para seguir a su esposo que estaba siendo seriamente amenazado por el régimen comunista. Vivió dolorosamente la experiencia de trabajar en una fábrica, en Suiza, y aprendió francés como nuevo idioma. A partir de ese momento, a punto de cumplir 30 años, empezó a considerarse a sí misma analfabeta. Decidió escribir en el idioma adoptivo, pero tardó en hacerlo alrededor de un par de lustros; primero quiso ver cómo sonaban sus poemas húngaros en francés. Luego armó oraciones, pequeños textos, para testarlos en la nueva lengua. Todo fue muy lento pero hay que felicitarlo por el resultado: su trilogía de novelas compone una de las obras más desnudas y sinceras de la literatura centro-europea del siglo pasado y ha sido definida por muchos como una pieza maestra sobre los horrores del totalitarismo.

La senda por donde nos conduce “Ayer” lleva de un pueblo sin nombre, en un país sin importancia, a otro lugar sin nombre, en otro que tampoco la tiene; de un estado de miseria a uno más; de un nombre, Tobías Horvath, a un seudónimo, Sándor Lester, y un personaje inventado; de una madre que era la puta del pueblo a una madre borrada y después imaginada. Y atravesándolo todo, el hilo de una vida rutinaria que desemboca en el amor destructivo hacia la versión idealizada de una joven que conoció en la infancia. El desenlace es más sombrío que las propias sombras que planean sobre el conjunto de la narración, pero Kristof brilla en esa oscuridad.

Si el estilo elíptico y tosco de la novela puede llegar a inquietar al lector, también brota de ella una poesía sorprendente, oscura y melancólica. Las mentiras y delirios de Sándor, sus esperanzas y desánimo, expresan con inusitada intensidad la angustia que provoca el exilio, la soledad, el olvido de su familia. Kristof es buena estudiosa de la desesperación, se aplica mucho para devolver las cosas a su estado puro, reducido a pocas palabras. Lo que está en las páginas de “Ayer” es todo. Por contra quizás haya demasiados lugares comunes en esta historia desesperada, y es posible que alguien diga que el minimalismo no lo parece cuando se nota mucho. Puede también que la literatura pierda algo de su sentido al imitar tanto a la vida. Pero esta pequeña y gran novela de la escritora húngara refugiada en Suiza es igual de turbadora que deslumbrante. Apenas cien páginas que se leen de un tirón con la sospecha de que cualquier otro título de su autora va a correr una idéntica suerte y a encender las mismas luces del entendimiento sobre el dolor humano, el desarraigo y el desencanto.

El desenlace es más sombrío que las propias sombras que planean sobre el conjunto de la narración, pero Kristof brilla en esa oscuridad



Ayer
Agota Kristof
Libros del Asteroide
Traducción
Ana Herrera



PABLO GARCÍA

Misión de audaces

Hastings narra con maestría en “Operación Castigo” el ataque que destruyó las presas del Ruhr

TINO PERTIERRA

Estamos en 1943. Momentos cruciales en la II Guerra Mundial. Detrás de los grandes escenarios bélicos se desarrollan complejas y altamente secretas operaciones que pueden influir en el curso del conflicto. Una de ellas es la creación del Escuadrón 617 para destruir desde el aire las represas alemanas del Ruhr, inundar las tierras de cultivo y bloquear la industria en un valle clave para las hordas de Hitler. Un ejercicio militar de incuestionable audacia por parte de una tripulación intrépida y de personajes carismáticos dentro de la misión como el revolucionario ingeniero **Barnes Wallis**—el inventor de la bomba Upkeep, que podía rebotar en el agua, y que exigía atacar a una altura extremadamente baja—, y también de manipulación: los comandantes aseguraron a los aviadores que un éxito de la operación reduciría muy mucho la guerra.

Max Hastings vuelve a demostrar en “Operación Castigo” su pericia para rastrear la Historia en busca de episodios desconocidos que enriquezcan el conocimiento. Lo hace con un exhaustivo y preciso sentido de la documentación y unas altas capacidades narrativas para que el ritmo y el interés no decaigan. El lector viaja en los Lancaster con el alma en vilo. Su trabajo es riguroso y no omite los puntos más oscuros, como las terribles pérdidas humanas entre la población civil que causó el ataque: unos 1.400 civiles murieron en las inundaciones que destruyeron el valle de Möhne. Más de la mitad de las víctimas eran prisioneras francesas o trabajadoras forzadas rusas y polacas. Horrendos daños colaterales.

Fueron 130 aviadores británicos, canadienses y australianos (más un estadounidense y dos neozelandeses), casi todos poco más que adolescentes, a lo sumo universitarios: “A sangre fría se embarcaron en una misión que probablemente les costaría la vida (muchos eran conscientes de ello) y que nunca saldría adelante sin una dosis excepcional de arrojo, pericia y buena suerte. Alzaron el vuelo con sus grandes y torpes bombarderos desde la tranquilidad de una tarde de verano, en mitad de los campos del condado de Lincolnshire (...) Durante dos horas y media, bajo la luz de la luna, volaron hacia Alemania a una altura tan baja que los cables de la luz resultaban amenazas tan letales como el fuego antiaéreo”.

Allí atacaron las presas de Hitler, “en vuelo recto y regular, a una velocidad fija de 355 kilómetros por hora, muy por debajo de las copas de los árboles y a tan poca distancia de los embalses que no habría cabido ni un campo de críquet”. La mitad de los aparatos del 617 que lograron llegar hasta Alemania “no consiguieron volver; pero dos de las mayores estructuras artificiales del mundo se hundieron entre el barro y los escombros y liberaron sobre el Reich cientos de millones de toneladas de agua”. Menos de una cuarta parte de los hombres que atacaron las presas sobrevivieron hasta ser testigos del Día de la Victoria en Europa.



Operación Castigo
Max Hastings

Editorial Crítica
392 páginas
23,90 euros